LITORALPRESS

Fecha: 21-05-2023
Medio: La Tercera
Supl. : La Tercera
Tipo: Noticia general
Título: **Mi alumno, el hijo de narco**

Pág. : 26
Cm2: 858,1
VPE: $ 8.537.383

Tiraje: 78.224
Lectoría: 253.149
Favorabilidad: Positiva

Mi alumno, el hijo de narco

ILUSTRACION: CESAR MEJIAS

La cultura del narcotráfico ha permeado con fuerza en escuelas públicas ubicadas en zonas de alta vulnerabilidad y pobreza. Acá, profesores revelan lo que tienen que aguantar para hacerles clases a niños que, a pesar de su edad, no imaginan otro destino que no sea el mundo delictual.

Por ***Gianluca Parrini***

A pesar de haber tenido la oportunidad de hacer clases en otro lado, Paula (37), una joven profesora recién titulada, de entonces 22 años, tenía un objetivo en mente: enseñar en un colegio público. Era 2007. "Estaba motivada con ayudar a los niños, a sacarlos adelante a través del estudio", recuerda.

Por eso, decidió trabajar en una escuela de la comuna de Macul. Cuando entró, sabía que iba a encontrar un entorno difícil, dice. Era una escuela rodeada por poblaciones de alta complejidad social, con alumnos vulnerables, de escasos recursos, ubicada en avenida Departamental, cercana al Estadio Monumental.

Para este reportaje se ocultó el nombre de los establecimientos y se alteraron el de profesores y alumnos, por motivos de seguridad.

La realidad que encontró Paula, eso sí, fue mucho más dura de lo que imaginaba.

-El ambiente dentro de las salas era como una típica película gringa: nadie te hace caso, nadie se calla, todos hacen lo que quieren. Una chica con las piernas abiertas encima del pololo dándose besos. Otros jugaban a la pelota. Hacer clases era imposible.

En ese colegio, Paula conoció a Fernando (61). Él llevaba años como profesor de Historia en la comuna que, de hecho, era la misma donde él creció. Por eso mismo, cuenta, ya conocía la realidad de la zona. Pero esto iba más allá.

-Se veían cabros que se peleaban y se insultaban. Eran agresivos con uno también. Esa rabia venía de que en sus casas había disfuncionalidad. Se veía violencia doméstica y padres metidos en las drogas- explica el profesor.

De lo otro que se dio cuenta Paula era que había alumnos distintos y que se comportaban de una forma muy particular. Recuerda a uno en especial. Se llamaba Esteban.

-Este niño se sentaba en la parte de atrás, sin mesa, sólo con silla. Piernas abiertas, recto, mirando todo sin hablar. Pero cuando él decía "ya, cállense", todos lo hacían. Era el líder del curso, todos lo seguían.

Cuando Paula preguntó a los profesores qué pasaba, le contaron la verdad:

-La familia de este cabro era de una familia cotota de narcos. El papá era el típico señor respetado. Además, era benefactor: cuando se hacía algo en el colegio, él era el que ponía las lucas. Y todo el mundo, desde el director hacia abajo, sabían que venía de una familia narco que tenía muchos contactos.

Ahí, la docente se dio cuenta de algo: si quería lograr enseñarle al curso y poner orden, tenía que ganarse la confianza de Esteban. Lo otro que entendió de su curso, con el tiempo, fue que convivían dos realidades en una misma sala.

-Todos venían de un entorno vulnerable, pero estaban los que querían tener más plata lo más rápido posible para comprar zapatillas y celulares, y por otro lado, estaban los que no robaban, pero que no tenían muchas esperanzas de salir de ahí. El concepto era así de polarizado: o tengo plata para comprarme la ropa que quiero, o no tengo plata y vivo en la pobreza extrema.

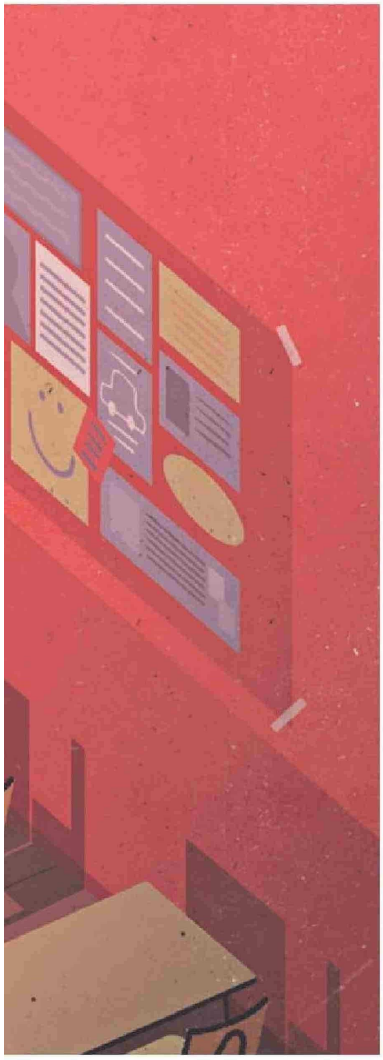
Entre las situaciones que lista como normalizadas, Paula recuerda varias. Dice que era normal, por ejemplo, ver a niños de segundo básico que acompañaban a sus hermanos mayores a robar. "Me lo llegaban a contar de una forma muy inocente: tía, mi hermano sacó tres

LITORALPRESS

Fecha: 21-05-2023
Medio: La Tercera
Supl. : La Tercera
Tipo: Noticia general
Título: **Mi alumno, el hijo de narco**

Pág. : 27
Cm2: 852,7
VPE: $ 8.483.725

Tiraje: 78.224
Lectoría: 253.149
Favorabilidad: Positiva



celulares de una micro. Era algo asumido, pero dentro de un contexto infantil".

Otro día, le llegó un regalo: un alumno llegó y le pasó un celular robado. "Él no entendía que estaba mal. Él entendía que se lo había ganado con esfuerzo, porque empleó tiempo y trabajo en subirse a algunas micros hasta encontrar el celular y la víctima".

Cuando fue a contarle al director, la respuesta la sorprendió:

-Me dijo: "Así son nuestros alumnos". Tampoco podíamos llamar al apoderado, porque el papá andaba robando también.

En su curso, eso sí, dice que había unos cinco estudiantes que estaban interesados en seguir aprendiendo. Pero la norma era otra.

- Yo les trataba de decir que, saliendo del colegio, podían sacar una carrera técnica y ponerse a trabajar. Me acuerdo que un día uno me respondió y me preguntó cuánto tiempo estudié. Le dije que cinco años. Me dijo: ¿Cinco años? ¿Y para ganar 800 lucas? Si esa plata me la gano en dos días vendiendo drogas. Está loca, no pasa nada.

Con el tiempo, Paula pudo conocer mejor a su alumno Esteban.

"Él estaba muy dañado. Me contó que cuando tenía seis años allanaron su casa y se tuvo que meter un día entero a un escondite en el piso, antes de que lo sacaran. Cuando se acordaba de esa situación, le daba mucha pena".

Ella le respondió esa vez que si él quería, podía salir de eso estudiando. Pero Esteban respondió que no.

-Me dijo: los que nacen dentro de una familia narco nacimos para esto. Aunque yo quiera, no puedo dejar esto.

Niños perdidos

El profesor Fernando terminó cambiándose de colegio. En 2011 se fue a uno en la misma comuna, pero dentro de la población Santa Julia. Sabía que ahí se vendía droga.

-Además de los clásicos narcos, empezaron a llegar otros. Se compraron muchas casas. Y apareció otro nivel de armamento. Todo esto lo sé porque los mismos cabros me lo decían: profe, el fin de semana hubo una balacera afuera de mi casa y vi esto, y esto otro.

El docente añade otra cosa.

-Ellos saben cuando la policía civil va a ir a reventar (allanar) una casa. Lo saben cinco días antes.

Karina, una profesora de educación básica en un colegio público de Pedro Aguirre Cerda, cuenta que también puede ver cómo la cultura narco se metió en su sala.

El primer indicio, dice, fue cuando hace cinco años a un alumno que cursaba sexto básico le encontraron tres cuchillos en la mochila. Tuvieron que llamar a Carabineros. El menor fue detenido.

El segundo, cree, marcó un antes y un después en su vida profesional.

-Antes de la pandemia, recuerdo que se cuidaban más. Evitaban hablar de lo que hacían. Pero desde el 2020 que eso viene cambiando. Ahí las personalidades llegaron distintas. Ahora, ves familias llegando en autos increíbles. Al niño lo ves con buenas zapatillas y mochila. O las niñitas, que llegan con aros de oro, con plata en sus manos. Ahí te das cuenta que es otra forma de vida.

Karina sigue con su relato.

-También están acostumbrados a que los allanen. "Anoche llegaron los buitres a la casa", dicen. "Llegó la yuta". Todo eso te lo cuentan los mismos alumnos.

Con el tiempo, añade la profesora, la expansión de esa cultura también permeó fuera del colegio. Un ejemplo: las procesiones de los narcofunerales se hicieron cada vez más usuales. Tanto así, que han tenido que suspender clases un par de veces y obligarse a ciertos resguardos:

-Hay que ser cuidadosos con el lenguaje. Porque un narcofunerales puede ser del hermano o el primo de alguien. Incluso de un exalumno. Uno les dice así, pero te toca ver el dolor de la otra parte. Te das cuenta de eso cuando hay alumnos que faltan una semana completa.

Fernando vio eso en la Santa Julia, historias de familias destruidas por la violencia y las drogas.

-Ellos mismos te van contando que sus familias son narco. Yo tenía un estudiante que todos los viernes faltaba a clases porque iba a Colina 1 a ver a su hermano preso. La mamá sólo tenía hijos narco y le quedaba uno libre solamente, que era ese alumno. Ella decía que lo quería salvar, y ese niño quería salir de esa realidad. Pero el entorno a veces es más fuerte.

Otros, dice el profesor, tomaban un camino más allá: terminaron trabajando en bandas de traficantes.

-Nosotros teníamos cabros que decían que eran soldados. Nos contaban. Era normal. En medio de la clase empezaban a jactarse. "Qué me hace estudiar tanto, profe", me decían. ¿Para qué voy a sacar la media? Si me pagan 200 lucas por vender droga un fin de semana. Y son 800 mil pesos para un niño de octavo básico.

Fernando señala que el narco está completamente normalizado en su comunidad. Lo evidencian las animitas que rodean su lugar de trabajo, que recuerdan a los caídos en enfrentamientos. Tanto es así, que él ya sabe la razón por la que muchos de sus alumnos, a pesar de dedicarse a delinquir, siguen yendo a clases.

-Van a clases porque saben que el Sename los puede agarrar. Entonces, teniendo matrícula, justificaban que el sistema no los agarre.

El ejemplo que más marcó a Fernando fue el de Marcelo: un muchacho que en quinto básico fue a probarse a Colo Colo. Quedó seleccionado para seguir yendo a entrenar.

-Ese cabro era súper talentoso. Pero su mamá era traficante. Una vez me mostró una foto de él posando en el estadio Santiago Bernabéu. El club lo había llevado a una gira por Europa. Pero cuando volvía acá a la población, se metía en las mismas mierdas.

Marcelo, en sexto básico, recibió varias advertencias. Tenía que retomar sus estudios o iba a perder su oportunidad como futbolista. Pero el niño decidió no tomarla.

*

> "Nosotros teníamos cabros que decían que eran soldados. Nos contaban. Era normal. (...) ¿Para qué voy a sacar la media? Si me pagan 200 lucas por vender droga un fin de semana".
>
> **Fernando, profesor de básica en un colegio de la población Santa Julia.**

-Él decía que sabía que tenía que cambiar, que lo iba a hacer. Pero en séptimo terminó perdiéndose.

Fernando, con una mirada muy cansada, trata de encontrarle una explicación a esto.

-Lo que pasa es que la población absorbe. La raíz, la identidad, los amigos, no sé qué cresta. Nunca más lo vi. Las hermanas chicas tampoco llegaron a octavo. Hace poco andaba botado por ahí, traficando. Ni él ni sus hermanas terminaron el colegio.

Plata o pobreza

Los profesores sienten que, por más que luchan contra esa realidad, no hay ningún avance. Esto lo ejemplifica Paula. Dice que no hay forma de hacerles ver otra vida.

-No hay nada concreto que les puedas decir para hacerlos pensar de otra forma. Cuando les decía que estudiaran, era como si les hablara en chino. Me decían, soy porro, he repetido tres años, mis papás no saben leer. ¡Cuándo voy a llegar a la universidad! O te dicen: tendría que vender droga para pagarme la U, y se reían. Para ellos era incoherente la universidad en su vida.

Paula sigue con su reflexión.

-Todo se reducía a la pobreza que ellos sufrían y a la plata. Todo se reducía a la plata como una medida de las cosas. Porque tener plata significaba sobrevivir.

El presidente del Colegio de Profesores, Carlos Díaz Marchant, entiende lo que dicen los profesores. Y que esto no sólo pasa en Macul, sino que en comunas de todo Chile:

-La educación para ellos pasa a un segundo plano. Saben que a través de la violencia, demostrando fuerza y poder, pueden conseguir lo que otra persona consigue en muchos años de estudio y esfuerzo.

La razón de esto, dice Díaz, viene del modelo educativo, que no es integrador.

-Este modelo es competitivo y segregador. La educación es concebida como una mercancía, como un bien de consumo y no como un derecho. Entonces, hay escuelas para la élite, escuelas de primera categoría y escuelas de segunda. En esa lógica, la educación privada ha sido la norma y el resto, edúquese donde pueda.

La académica de la PUC Carmen Gloria Zúñiga coincide.

-La segregación viene hace décadas, pero este fenómeno viene creciendo en los últimos años. El Ministerio de Educación debería promover una política interinstitucional, con el Ministerio del Interior, por ejemplo, para abordar este tema. Es importante que las familias no se queden solas en esto.

A la defensora de la Niñez, Patricia Muñoz, le preocupa que entre enero y agosto del 2022 hubo un 73% de aumento de uso de armas dentro del contexto escolar. Cree que esto pasó porque el Estado desapareció en algunos establecimientos.

-Cuando el Estado desaparece y no tiene una presencia sólida, empiezan a tener cabida las bandas de narcotraficantes y de criminales, reclutando niños pequeño-dice-. El Estado debe proteger a esos niños para sacarlos de entornos de violencia y delincuencia habitual, para que entiendan que participar en delitos no es una alternativa.

Consultado, el Ministerio de Educación decidió no participar en este reportaje. Argumentaron falta de tiempo, ya que su agenda de esta semana ha estado enfocada en la Cuenta Pública.

Fernando, en tanto, ya siente el cansancio. También ve cómo sus colegas terminan renunciando frecuentemente.

-Hubo profesoras que, a los días de llegar, decían que no aguantaban más. Agarraban su cartera, se iban y no volvían. Es que es enfermante, porque vas contando lo que te pasó una y otra vez, y terminas jodido: violencia, drogas, amenazas, golpes. Porque la violencia es una forma de vida: el maltrato verbal y físico, desde la mamá al hijo, del hijo al compañero y a los profes.

A Paula el sistema también la terminó cansando. Cuenta que luego de cambiarse de colegio a otro de la comuna, una apoderada la golpeó cuando la docente le reclamó haberse robado una plata para un paseo de curso. "Ella era drogadicta y se gastó la plata en eso. Me pegó un combo en la cara".

El hecho la marcó. Pero lo que colmó todo fue que, en otro colegio, un apoderado entró a su sala de clases, la agarró del cuello y la amenazó por un malentendido con su hija.

- Me dijo: "Salí de la cana recién, porque me pitié a un huevón. Cuídate, que me da lo mismo matarte a ti también".

Paula decidió salirse del sistema público. Le llegó una oferta laboral en un colegio privado en Vitacura. La tomó. Dice que, más que emoción, lo que estaba sintiendo al enseñar era miedo:

-Terminé muy agotada. Llegas con ganas de hacerlo bien, pero el contexto de ellos es tan fuerte, que sentía que peleaba sola con algo que no me dejaba avanzar.

Eso fue hace 10 años. Una vez que se fue, Paula nunca más supo de Esteban.